



Dos poemas

Citerea

Oh Ella:
la bienevocada,
la de la furia y el arrepentimiento,
la ramera de dulzuras,
la más bella de todas las soledades
(Oh Citerea: la diosa,
me lastima la dulzura,
me lastima cada resurrección, cada placer),
La desnuda, la quieta, la incesante,
la que despierta debilitada por el amor,
la sofocada, la sedienta sólo de sentir,
la de infinito lecho
 e infinito recuerdo,
amada con furia y sin embargo intacta,
la efímeramente saciada y sin embargo eterna
como la espuma del mar,
la diosa de los muslos,
la diosa de la respiración
(oh mi tenacidad, mi conciencia)
la diosa de los dioses,
la puta,
Citerea,

oh Ella:
¿no ves que la danza me hiere la carne, los ojos, el pensamiento?
Aturdido, lleno de placer,
como una flor que apenas el viento roba
despierto nuevamente ajeno a tu permanencia,
Oh Citerea, Citerea,
cuán dulce locura me despedaza y me hiere de palabras la carne,
el desvanecimiento en que caigo y me duelo,
a solas, en el contacto,
en la fatiga de ser yo, sólo yo,
diosa,
cuán dolorosamente danzas en mi alma,
despintando su suelo con tus pies desnudos,
cruel como el alba,
como el sueño en que me hundo,
oh tú, la de dulce mención,
la dulcemente hallada,
la pura,
la que al desnudarse
con la mirada se viste,
oh Ella:



Ever Since



Vida ciega en alhajas ruinosas y botellas quemadas,
extiendes las manos despreciables
como reliquia falsa que persiste y juega;
vida azorada
mientras la esposa a mi lado ha muerto cada noche,
mientras se estremece la quietud oscura de la demencia y el alba
y yo he desgarrado mis párpados para limpiar lo que miro;
vida, burdel asombrado,
con mis manos incendiadas recojo lo nauseabundo,
gangrena del aliento que es hermoso
a fuerza de morir, de mentir lo que las palabras
le imponen,
que sólo estás viva en mí, resucitada
por cada mujer que señaló
en mi costado el sueño infinito de la serpiente,
y ebrio, postrado,
encierro en el lúcido cuerpo mi continua caída:
rumbo marchito en la voz, poema enfermo, deplorable,
nadie repetirá su nombre ni pisará sus palabras,
nadie que se transfigure en árbol
y dé frutos marchitos que con la mujer comemos.
Antes de volver a tí, vida, oh antes,
¿por qué no te contentas conmigo solo,
qué ruegos procuras oír si nadie te escucha,
si jamás a nuestros labios llegará otra raíz
que no sea la nuestra?
Oh ven, ramera mía, habla, quiero oírte, deja cerrar los ojos,
cierra los ojos,
perdámonos en el sueño como si nos amáramos desde todos los años.